

Etniker Euskalerrria



Etniker

Cincuenta años de investigación etnográfica en Vasconia

CAPÍTULO 14

ETNIKER EUSKALERRIA

Etniker

Cincuenta años de investigación etnográfica en Vasconia

CAPÍTULO 14

Coordinación:

Naiara Ardanaz-Iñarga



Universidad
de Navarra

EUSKAL HIZKUNTZA
ETA KULTUR KATEDRA



Etniker Euskalerria, 1

Imagen de cubierta:
Reunión en St. Martin d'Arbourue-Isturitz (2011).

Este libro ha contado
con financiación del Gobierno de Navarra.



© Etniker Euskalerria, 2021.

Diseño y distribución:
Lamiñarra
(laminarra@gmail.com)

Maquetación:
David Mariezkurrena Iturmendi

D. L.: NA 1717-2021
ISBN: 978-84-09-35513-6

Imprime: Rodona Industria Gráfica
Pamplona/Iruñea

Con mi gratitud

Luis Vicente Elías Pastor¹

No es este un artículo científico ni un trabajo de divulgación, es simplemente un recordatorio de cómo una persona ha configurado su vida a través de una profesión y como esta ha sido orientada y dirigida por personalidades importantes en el ámbito de la Etnografía.

Además, lo escribo en el monasterio de Valvanera, uno de los lugares emblemáticos para mi desarrollo y acabo de bajar del monte San Lorenzo que tantos recuerdos me traen de toda una vida vinculada a la cultura tradicional riojana.

Hablar de don José Miguel de Barandiaran es hablar de mi vida o mejor dicho de la evolución y el desarrollo de mi vida. Pero junto con esta persona fundamental para comprender mi actividad profesional y también mi evolución vital, hay otras personalidades que debo referir ya que a modo de trilogía han sido los pilares esenciales de mi personalidad.

Con poco más de catorce años tuve la fortuna de conocer a don Alejandro Marcos Pous, catedrático de arqueología de la Universidad de Navarra, que pretendía realizar una campaña de estudios e investigaciones en La Rioja.

La razón de nuestro conocimiento se basa en que mis padres pertenecían al Opus Dei, y don Alejandro también, y tenía una entrañable amistad con mi padre. Su presencia en mi casa era frecuente, casi semanal, y sus palabras siempre llenas de conocimiento y de ironía despertaban mi conciencia.

En aquella época don Alejandro estaba preparando una campaña de excavaciones en La Rioja y me proponía acompañarle en su estancia en Herramelluri (La Rioja), donde participé como aprendiz en dos campañas en 1965 y 1966.

¹ luisvicenteelias.com.

A la vez, en las conversaciones familiares aparecían nombres y personalidades que a mi me fascinaban, y coincidiendo con una estancia mía en la localidad de Laguardia de la que desciende mi madre, Isabel (96 años), don Alejandro me propuso que fuera a saludar a don José Miguel Barandiaran, que en ese momento estaba excavando el dolmen de San Martín a unos centenares de metros de donde yo residía con mi tío José y mi tía Mariana.

Allí pude conocer en 1964 a don José Miguel con un peto azul de obrero y un saber inconmensurable, por lo que cada mañana yo acudía puntualmente a «oír, ver y callar», acciones recomendadas a los neófitos.

En septiembre de 1967 acudo a Pamplona para estudiar Filosofía y Letras, siempre aconsejado por mi mentor don Alejandro. En esa ciudad sigo en contacto con esas ramas del saber que tenían que ver vagamente con la historia del hombre, sin tener todavía una comprensión de hacia dónde encaminar mis estudios.

Acudía puntualmente a las clases de don José Miguel, con quien coincidía en el autobús de La Villavesa, ya que él residía en una residencia cercana a mi domicilio estudiantil. En ese autobús tuve conversaciones interesantes como en la que me explicaba el funcionamiento de su motocicleta «mobi-let» con la que acudía desde Ataun a Pamplona². Ese autobús verde era una fuente del saber y compartí charlas también con el marqués de Lozoya, gran admirador de las alumnas rubias de la Universidad, quien disertaba sobre arte mientras bajábamos a nuestras clases.

Mi primera participación en un trabajo de investigación fue en Anguiano en 1967 donde, siguiendo el modelo de las encuestas de don José Miguel, realicé mis primeras entrevistas a ancianos agricultores de esa localidad riojana. A la vez aprovechaba viajes familiares para iniciar este tipo de trabajos como el efectuado en Cervera del río Alhama sobre el trabajo del cáñamo y la elaboración de las alpargatas.

Un momento importante fue la participación en el I Congreso Nacional de Artes y Costumbres Populares en Zaragoza el año 1968. En esta reunión

² (Nota del editor) Todas las referencias, tanto escritas por el propio Barandiaran anunciando su llegada, como de quienes le recogían en su coche al finalizar las clases, coinciden en que acudía a Pamplona en el autobús de línea. Ciertamente la Velosolex o Mobylette fue muy útil en sus desplazamientos por el País Vasco continental.

se presentaron diferentes trabajos efectuados siguiendo la metodología propuesta por don José Miguel, y en esta reunión estuvimos muchos discípulos del maestro. Yo presenté mi trabajo sobre la fabricación de ese tipo de calzado de suela vegetal, que por razones que desconozco nunca fue publicado en las Actas y sí se hizo en 1977 en la revista *Berceo*.

En aquella reunión don José Miguel presentó su «Bosquejo de un Atlas Etnográfico del Pueblo Vasco. Trabajos preliminares», que me despertó el interés por documentar la cultura tradicional a partir de ese método.

Ya habíamos utilizado las herramientas de encuesta en un trabajo organizado por don Alejandro Marcos Pous en la localidad riojana de Anguiano, donde tuve ocasión de compartir las enseñanzas de Ana María Echaide, Carmen Saralegui y Ursula Helwig de Echaury junto con otros estudiantes interesados por los temas etnográficos. Recuerdo mi participación en entrevistas a labradores y ganaderos, mientras se trillaban en la era los escasos cereales recogidos en aquella localidad serrana. En aquellas fechas teníamos unas copias mecanografiadas de las encuestas de don José Miguel con las que efectuábamos nuestros trabajos.

Desde esos momentos, me empezaron a interesar más las clases de don José Miguel que el resto de los contenidos de mi formación reglada basada en la Filosofía Pura, como se la conocía en aquellos años.

La importancia del método etnográfico era el eje central del trabajo y eso me llevó a una preocupación por los aspectos metodológicos que ha continuado hasta nuestros días. La realización de las encuestas etnográficas a partir de los conocimientos previos era la base esencial del método que posteriormente se iba completando conforme se iban adquiriendo los saberes transmitidos por los informantes. La encuesta estaba concluida cuando se terminaba el trabajo y podía ser aplicada en otra localidad, aumentando en cada caso las preguntas. Así lo aprendí y lo he estado empleando hasta mis últimos estudios. Guardo como herramienta esencial en mi trabajo un viejo y ajado ejemplar del «Cuestionario para un estudio etnográfico del pueblo vasco», publicado por el Grupo de Ciencias Naturales Aranzadi en 1963.

Otro hito esencial en mi formación fue una excursión realizada con don Alejandro en 1967 por el Alto Cidacos para realizar una prospección de carácter etnográfico, siguiendo las preguntas que ya había publicado don José

Miguel y que efectuamos en Munilla, Zarzosa, Enciso y sus aldeas, algunas que ya se comenzaban a abandonar. El trabajo de campo fue interesante en lo etnográfico y uno de sus resultados fue la primera referencia a las huellas de dinosaurios de la zona, que nos describían los pastores de Navalsaz y Poyales como huellas del caballo de Santiago y de las gallinas gigantes que habitaron en el pasado del lugar.

Entre la enseñanza y el trabajo de campo me fui dando cuenta de la importancia de la recolección de los saberes tradicionales que estaban en posesión de los habitantes de cada región estudiada. Probablemente el cariño con el que don José Miguel hablaba de los habitantes de los caseríos vascos y de los residentes en el medio rural ha sido una de las importantes aportaciones que junto con el método para interpretar sus conocimientos han sido la base para mi trabajo posterior.

Después me fui a estudiar Etnología a Burdeos, aconsejado por don José Miguel que conocía a mi nuevo maestro Pierre Métais, una vez concluidos mis estudios de licenciatura en Pamplona, y con el firme propósito de dedicarme a la investigación etnográfica. Siempre he utilizado la metodología que me enseñó don José Miguel y para la realización de mis trabajos de investigación planteaba una encuesta adecuada a cada tema, tanto para mi *Maîtrise* de Burdeos como para mi tesis doctoral en las que implementé una metodología específica para cada estudio. Décadas más tarde he elaborado un método para el estudio del cultivo tradicional del viñedo, siguiendo la misma metodología que aprendí de don José Miguel, para el Atlas del Cultivo Tradicional del Viñedo y sus paisajes singulares.

Siempre recuerdo unas palabras de don José Miguel, cuando me decía: «Sr. Elías aprenda usted euskera y estudie las relaciones de los riojanos y los vascos». Y esto viene a cuento de otras de las personas con las que he tenido relación profesional y que tienen vinculación con la cultura vasca.

Algo de caso le hice a don José Miguel, ya que me atreví a publicar un artículo sobre «Interpretaciones de lo vasco en la cultura riojana» en 1990 e incluso me atreví a participar en el Congreso Mundial Vasco en Vitoria en 1987. Hoy sigo con la idea de hacer un estudio de los vascos y el vino en América Latina, donde he entrevistado a muchos productores de origen euskaldún.

En mis primeros años de trabajo de campo para la realización de mi tesis doctoral encontré en la cuenca del río Oja a don José J. Bautista Merino Urrutia, quien me ayudó en mis estudios pastoriles desde sus amplios conocimientos de la Sierra de la Demanda, importante enclave de pastores trashumantes.

Para entonces yo había acudido a unos cursos de Antropología y Etnología que impartía don Julio Caro Baroja en Madrid. A don Julio, yo había ido a visitarle a su casa de Bera en 1972 con la intención de consultarle sobre un trabajo de cara a mi tesis doctoral.

Pero fue don José J. Bautista quien me puso en contacto con don Julio de forma más directa y personal y este me propuso el ser Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia allá por el año 1978. En aquellos años don Julio impartía una serie de conferencias sobre Cultura Popular en España a los alumnos norteamericanos de la Universidad de New York en Madrid y él me sugirió para que le sustituyera, lo que constituyó un honor para mí y una fuente de ingresos para la escasa economía que generaba una actividad liberal vinculada a la Etnología.

Mi vida laboral siempre ha estado vinculada a los estudios de Cultura Tradicional y la metodología empleada ha tenido relación con los conocimientos que impartía en la Universidad de Navarra don José Miguel. Pero, sobre todo, en la distancia del tiempo, lo más importante para mí ha sido el haber comprendido el valor de los conocimientos que la cultura tradicional ha podido transmitirnos de épocas pasadas y a la vez la pena de que no se hayan realizado más atlas etnográficos como era un deseo de don José Miguel desde que lo conocí.

Esa trasmisión de conocimientos que los habitantes del medio rural poseían, que se podía remontar a cientos de años atrás, la pude comprobar en Posadas, aldea de Ezcaray (La Rioja), en mis primeros trabajos, cuando un pastor me enseñó su piedra de rayo que llevaba en el zurrón, que le protegía de ese fenómeno y que era un hacha pulimentada de la Edad del Bronce, guardada en su zurrón con respeto y veneración.

«Hoy, lamentablemente, yo sé más que mis informantes», frase que empleo de vez en cuando al ver las personas cómo han olvidado su pasado o han desaparecido sin transmitir sus conocimientos. Y que también de-

nota una edad a la que yo estoy llegando. Pero siempre recuerdo la forma discreta de narrarnos un pasado lleno de conocimientos por parte de don José Miguel.

Recuerdo claramente cómo este maestro no se lamentaba de la pérdida de la cultura rural, que obligatoriamente se estaba transformando. Lo que realmente le preocupaba era el no estudiar estos vestigios que todavía quedaban y que era una responsabilidad nuestra el poderlos conservar a través de la investigación.

Tengo muchas anécdotas relacionadas con mi relación con don José Miguel, pero recuerdo una con especial cariño, ya que la viví junto a mi gran amigo Félix Urdapilleta Iturriza en su restaurante Beko Errota en Fuenterrabía, en una cena con el equipo de las traineras de ese lugar que acababan de ganar una bandera. Cuando en la conversación comencé a hablar de que había sido alumno de don José Miguel, se hizo un profundo silencio en la etílica mesa y todos los remeros escucharon con respeto las anécdotas que yo contaba de mi maestro y que todos ellos conocían por su trayectoria de estudio y protección de la cultura vasca.

Tuve la fortuna de poderle acompañar a su última morada en su entierro en Ataun en diciembre de 1991, y estaba a mi lado mi hijo Martín a quien siempre le contaba leyendas y relatos sacados de las obras de mi maestro.

Desde aquí agradezco a don José Miguel sus enseñanzas y sobre todo su vida ejemplar, por sus estudios y su defensa de la cultura tradicional vasca.

*Julio de 2020,
Monasterio de Valvanera (La Rioja).*